

# Que no me digan judeófobo

No, no quiero que me digan judeófobo, antijudío, antisionista, antiisraelí. Que no me lo digan, porque, aunque cueste creerlo, a mí me gustaría ser judío-sionista-israelita aunque sólo fuese por un día, o por un solo instante. ¿Que por qué? Hay muchas razones, y de mucho más peso que las que esgrimen projudíos de medio pelo, alguna de ellos omnipresente en las televisiones de todo el país, especialmente en la oficial catalana. Miren, es muy sencillo:

—Nunca he sentido la emoción de ser elegido por Dios para nada; ni siquiera sé si Dios o los dioses han reparado en mi existencia. Ser judío me permitiría sentirme amado por el Creador y señalado por su omnipotente dedo como portador de la verdad absoluta y para toda la eternidad.

—A mí nunca me ha sido dado tener una Tierra Prometida, verde y ubérrima, en medio del desierto; un oasis que corre de norte a sur hasta dar con sus aguas en el mar que llaman Muerto, tan hermosa que desde siempre seres impuros, gentiles no elegidos por Dios, han querido ocuparla contravinando la voluntad divina.

—Jamás se me ha permitido echar a los intrusos de ninguna tierra que Dios ha dado para uso exclusivo de su pueblo. No puedo reivindicar como exclusivamente mío ni un palmo de tierra porque no soy de los elegidos.

—No he podido a lo largo de mi vida reducir a la servidumbre a nadie ni por medio de la palabra ni de las armas. Y no es que no lo haya deseado, es que mi dios, si es que existe, no me ha dado ni el arma de un libro sagrado ni armas de ningún tipo; y no digo ya armamento nuclear, sino una simple honda. Si el dios de los judíos fuera el mío no sólo las tendría, sino que usarlas sería legítimo frente a quienes quisieran arrebatarme mi Tierra Prometida.

—Si fuera judío podría tener también un «mar prometido» donde mis naves fueran garantes de que a los enemigos, como en la época bíblica, no se les da ni pan ni agua, se los somete a un cerco para aislarlos y evitar que su maldad se extienda por nuestra tierra. Si el Señor destruyó a fuego Sodoma y Gomorra, así yo podría reducir a cenizas y matar de hambre y sed a los usurpadores que se atreven a considerar que la Tierra Prometida les pertenece y a todos aquellos que los apoyan.

Pero es que, además:

—Si fuera judío podría recibir en las escuelas enseñanza sobre armas y armamento con el fin de que el enemigo no sólo no me coja desprevenido, sino que sea yo quien siempre lleve la delantera. De esa forma podría superar mi nula capacidad y mi total desconocimiento en la materia, ignorada por el sistema educativo que hemos padecido.

—Si fuera judío podría seguir siendo fiel a mi pueblo hacien-

do el servicio militar, y las mujeres de mi familia serían más iguales a los varones en derechos y obligaciones, cumpliendo con el sagrado deber de defender la patria hasta con la vida.

—Si fuera judío vería con gozo que las mujeres de mi entorno no ocultan sus cabellos según la norma que rige nuestra vida (halajá) como lo hacían en la antigüedad, sino que podría apreciar sus cabezas cubiertas por magníficas pelucas que cubren su verdadera cabellera como ejemplo de modestia pero sin ocultar su belleza, porque la belleza es un don de Dios.

—Si fuera judío, debería tener duplicado el número de sillas en mi casa, haciéndola mucho más confortable y ostentosa, porque por cada mujer en edad fértil debería tener dos sillas, una para cuando es pura y otra para cuando es impura porque la menstruación sigue siendo un estigma que mancha a la mujer más honrada y contamina todo aquello que toca.

—Si fuera judío es posible que recordase mi infancia, cuando a las niñas les hacían maravillosos tirabuzones, prodigio de peinado que yo me haría a mí mismo y a todos los varones de mi círculo con maestría.

—Si fuera judío, el día santo no saldría de casa, a no ser que la llamada de la patria me condujera a expulsar, reprimir y si se da el caso eliminar a los enemigos que acechan y ansían nuestra Tierra Prometida...

—Si fuera judío... ay, si fuera judío me tocaría ser sefardita, raza inferior, deleznable, casi tan impura como un infiel, moro o cristiano. Por eso, puesto a ser judío, renuncio a mis orígenes y quiero ser un judío askenazí, tener ascendentes milenarios de Amberes, de Berlín o de Moscú, y no de Toledo, Zaragoza o Tetuán.

—Si fuera judío askenazí tal vez, entre batalla y batalla, os deseara la paz desde el muro que nos defiende de los bárbaros que ocuparon nuestra Tierra Prometida. Si fuera un askenazí...

Pero cómo voy a ser un askenazí si ni siquiera soy sefardita, ni tengo un dios que me haya elegido para nada, ni tengo tierra prometida, ni mis mujeres llevan peluca sobre su cabellera natural, ni tengo armas nucleares en la despensa de mi casa, ni tengo barcos que ataquen a quienes dicen llevar ayuda humanitaria a los numantinos del siglo XXI, ni hay sillas suficientes para que vengan mis amigas a tomar un café, ni mis niños quieren dejarse el pelo largo para que les haga tirabuzones, ni ninguna de las mujeres de mi entorno quiere hacer la mili... ¡cómo coño puedo soñar con ser judío-israelita-israelí!